

Marlon Brando y la chica de la valija

María Teresa
Canelones
Fernández



EDITORES

CUENTOS



Foto: Aura Marina
Fernández

María Teresa Canelones Fernández (Guanare, Portuguesa, Venezuela, 1982) es Comunicadora Social, mención Periodismo Impreso (Universidad Fermín Toro, 2006), Magíster en Comunicología (Universidad Central de Venezuela, 2015) y diplomada en Narrativa Contemporánea (UCAB, 2015) y Periodismo Narrativo Latinoamericano (Universidad de Periodismo Portátil, Buenos Aires, 2019). Autora de *Historias Domésticas* (Giraluna, 2022), *Reflexiones de una insensata* (Giraluna, 2025) y *Mi historia como migrante por Suramérica. Rompiendo las fronteras del corazón* (edición en inglés: Universidad de Texas en Austin, 2022; edición en español: Giraluna, 2024). Ha publicado cuentos con Goldeditorial (Colombia, 2023–2026) y es creadora de *Retazos Dislocados*, micros de opinión difundidos en YouTube e Instagram desde 2023 y en iVoox desde 2025. Estudiosa del periodismo literario, comparte además sus textos en formato audio en “Audiolibros María Teresa Canelones Fernández” (YouTube). Redes: Instagram [mariateresa.canelones-fernandez](https://www.instagram.com/mariateresa.canelones-fernandez) / YouTube [@maritmusica](https://www.youtube.com/@maritmusica).

Marlon Brando y la chica de la valija

María Teresa Canelones Fernández

María Teresa Canelones Fernández
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-7780-6
Depósito Legal: ZU2025000449

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Valija mínima para habitar lo que pesa

Su voz no necesitaba presentación: traía un montón de pasado. Mensajeamos poco, como quienes no necesitan ponerse al día. Bastaron algunas frases y silencios bien puestos para lograr esa forma extraña de entenderse que sólo se da entre las personas que han compartido unos fragmentos de vida donde cabe toda la vida.

Recibí el manuscrito de este diario íntimo sin adivinar que me llevaría a “*eso que soy*” a través de otra voz. Mientras leía, recordé que cuando se escribe de verdad, cada instante narrado contiene todo lo que fue y también lo que será. Un fractal donde cada frase guarda un pedacito de toda la vida, sin que necesariamente se haya vivido. Un código imposible de replicar por la “todavía torpe” *inteligencia artificial*.

Así se leen estos cuentos: con la intimidad de una anécdota contada sin pedir permiso *en los pasillos de la escuela de comunicación*, por allá en los “*dos mil poquitos*”, en una ciudad donde pasaba poco y se hablaba mucho. Se comparte como se comparten las cosas esenciales. Como una valija donde cabe lo imprescindible y que, aun así, siempre pesa. Son historias que avanzan en primera persona, pero permanecen como recuerdos compartidos, donde las proezas pueden ser reales o imaginarias y al pasado le faltan fechas precisas, no por

descuido, sino porque la memoria, como la vida, nunca es perfecta sino *emocionalmente fiel*.

Aquí no hay grandes hazañas ni héroes memorables. Hay domésticas que limpian lo limpio, cucarachas que sobreviven, y personajes que no saben, *ni necesitan saber*, si están a un paso de la cordura o del delirio. Lo extraordinario no interrumpe. Insiste suavemente y en esa convivencia cotidiana se vuelve ferozmente emotivo.

La prosa está cargada de poesía, *o quizá la poesía se viste de prosa* para sostener un humor sombrío que se atreve a desafiar a la misma muerte, mirándola de frente, tratándola con la familiaridad de quien sabe que siempre está cerca. Aparece sin escándalo; sentada en un cuarto, flotando en un entierro colorido, respirando en una madrugada cualquiera. Y se le responde con ironía y viveza, con esa risa seca que recuerda al primer Cortázar, cuando el absurdo no era un juego intelectual *sino una forma de resignación*.

También se narra la intimidad de lo que suele quedar fuera del relato, desde el ojo al que no siempre se le permite mirar, en un contrapicado silencioso que le da protagonismo a lo aparentemente insignificante. El humor fatalista no grita: *habla bajito* y se familiariza con cada escena descrita con una brutal franqueza que siente *hasta las memorias de una sábana*.

Hay un asombro profundo por la vida cotidiana, por aquello que parecía no interesar ni a sus propios personajes. Como los viejos chismes de

pasillo que con el tiempo, resultaron ser la crónica de una época donde lo irrelevante aprendió a convivir con lo inevitable y se volvió sublime no por pretensión, sino por atención.

Marlon Brando y la chica de la valija es un conjunto de cuentos, sí, pero también una valija íntima de lo precario: de la migración sin épica, de la sobrevivencia diaria, de la risa como escudo, de la palabra como refugio. Son textos de lectura rápida y reflexión lenta; podrían leerse como historias cortas, casi posteables en Facebook, o como relatos extensos en contenido y resonancia. *Es un libro que se reconoce y quien lo lea, incluso entre líneas*, también se podrá reconocer en él.

Tal vez por eso, al terminarlo, uno siente que estas historias comenzaron mucho antes de que se escribieran: en un pasillo caluroso de la escuela de comunicación, en el autobús *Ruta 5* de esa ciudad prestada, en un mensaje de texto visto a deshoras. Y que seguirán ocurriendo mientras alguien tenga ganas de contar. Porque contar, aquí, no se trata de grandes gestos literarios, sino de una manera muy personal y obstinada de seguir respirando.

Pedro Serrano Felipe
Tepoztlán, Morelos, 2025

Certezas

Son las tres de la mañana y tengo dos certezas.

La primera, que estoy contagiada de Covid, y la segunda que respiro con dificultad.

Enfermarme no está bien, pero el no poder respirar fluidamente es perfecto porque descubro que tengo pulmones, que llevo treinta y nueve años respirando, que pese al virus aún respiro, y que mi ritmo respiratorio deberá normalizarse en los próximos días para continuar sumando las certezas que se comerá algún hambriento reloj.

No uso reloj, pero sé que son las tres de la mañana porque todas las tres de la mañana en esta habitación uno se despierta y le da por rezar el Padre Nuestro y mirar por la minúscula ventana que da al lavandero que utilizamos las nueve inquilinas, mujeres de provincia y extranjeras.

Por cierto, hace unos días me enteré por una de las chicas que en la habitación que ahora ocupo, murió sentada la anterior inquilina con quien comparto el nombre y el oficio de cuidadora y de doméstica.

Me cuentan que no tenía familia, que era muy trabajadora y que empinaba el codo con frecuencia. Este cuarto parece estar lleno de certezas.

Para Teresa, es decir, para la otra Teresa, para esa señora que murió sentada en este mismo cuarto donde ahora escribo acostada sobre mis certezas, parece que su mayor certeza era la soledad, que

bien supo acompañar con vino y cerveza.

Me pregunto que estaría pensando esa Teresa minutos antes de morir sentada en este cuarto donde se habla en diminutivo porque apenas entra una cama y una silla al estilo Blanca Nieves. Jamás sabré lo que pensaba, pero podría suponer que quizás pensaba que la diversión se le había evaporado, y que le faltaban las fuerzas, y no la voluntad, de ir hasta un bar de Palermo Viejo, o puede que no estuviera pensando en nada, sino que más bien se quedó dormida para no volver porque su sangre estaba hasta las metras de alcohol, y su serenidad vencida por las resacas.

Puede que sea un prejuicio mío pensar en que la borrachera rondara las últimas horas de esa Teresa, que siempre será mi tocaya, y que jamás conoceré. Pero prefiero pensar eso, antes de creer que Teresa padecía su soledad.

Un día antes de saber que el virus circulaba por mi cuerpo me asaltó el temor de morir con la ropa interior sucia. Como si fuera una certeza y descartando toda ocurrencia o premonición me metí al baño, higienicé mis partes íntimas incluyendo uñas, cabello y dientes, y luego me senté en la cama.

Como la puerta del cuarto estaba abierta me percaté del montón de hojas secas de verano que reposaban y volaban por el patio, caminé unos metros y curioseé con la alegría de un niño una de las tantas hojitas tostadas por el sol, y la descubrí tan llena de vida y luz como el cuarto que

habitaba y donde seguramente Teresa me esperaba para invitarme un tequila.

¡Salud, tocaya del más acá! La única vecina que no tiene miedo que la contagie de Coronavirus!

Argentina; 2022

La holgazana

Hay que ver que uno ya ni en su propia casa tiene privacidad, esta gente entró a mi cuarto sin permiso para invitarme a un entierro que no sé de quién es, y me cubren con una manta que no me protege para nada del frío.

Son unas seis y forman un anillo que me convierte en un círculo aterciopelado de colores vistosos. Soy el punto focal de una historia lluviosa.

Creo que son las cinco de la tarde, y tengo tanto sueño que ni pregunto la hora, porque, aunque entrometidos, me gusta que me peinen y maquillen acostada.

La verdad es que yo siempre he sido una haragana, como decía mi abuela. Sigo tendida en la cama esperando mimos y biberones después de vieja. Que vaina morirse, tanto por hacer para luego acabar en un hueco oscuro y húmedo.

Yo digo que a los difuntos deberían meterles una linterna en el féretro y un celular repleto de batería por si se animan a echar un cuento tengan la luz prendida y llamen sin ningún inconveniente a sus deudos.

Quién será ese muerto que me espera, jamás asistí a un funeral tan colorido. Espero que lleven café, chocolate y corneciervo, y que no hayan olvidado las margaritas y girasoles, porque ni en un entierro se debe perder la prestancia, y mucho menos la responsabilidad.

El que se va merece respeto por más de ingrato que haya sido al no invitarnos. Es una suerte que sea así siempre. Quisiera preguntarles, pero tengo tanto sueño, y creo que se dieron cuenta porque apagaron la luz, seguramente vendrán por mí más tarde. Que haraganería la mía, sigo con mucho sueño.

Argentina; 2022

Elogio a las cucarachas

La cabeza de la hija de Poly tiene tantas liendras y piojos, como cucarachas su cocina.

¡Yo que soy la que limpia la cocina de Poly tres veces a la semana, creo que su hija tiene piojos y liendras porque está en la escuela, y porque cuando yo era una niña e iba a la escuela tenía más piojos y liendras en la cabeza que cucarachas mi mamá en su cocina!

No sé por qué cuando limpio la cocina de Poly me da por pensar que la cabeza de su hija le da más trabajo para limpiar, que a mí las voladoras a las que ya ni los insecticidas les hacen cosquillas. Quizás con esta experiencia cucarachezca ahora yo tenga más cucarachas en la cabeza que liendras y piojos la hija de Poly, y menos cucarachas su cocina.

Mientras escribo siento que las cucarachas de Poly me caminan por la cabeza, quizás asaltaron mi bolso buscando también invadir la cocina que no tengo porque siempre he vivido alquilada y no existe en mi vida un territorio tan mío que no sea la calle y el cuarto para llegar a dormir o a escribir sobre las cucarachas de otros que se meten en mi intimidad y que se mueren en el acto porque en las desiertas cocinas de mi mundo ni una rata sobreviviría.

Las cucarachas de Poly son glotonas y golosas porque la azúcar en su casa es el agua, y la canilla rota de la cocina ahoga a las hormigas que ya no

son competencia para las chiripas y cucarachones a punto de estallar, así como las liendras y los piojos en la cabeza de la hija de Poly, y así como las cucarachas que me ponen los pelos de punta cada vez que las siento caminar por mi cabeza cuando pienso en esa cocina, la cocina de Poly.

Venezuela; 2023

¡Que culpa tiene Rufo!

Rufo es el niño más mimado de la casa. Su mamá es su servidora a tiempo completo, y sus hermanos sólo juegan con él de vez en cuando a la pelota.

Cuando nos vimos por primera vez me saltó como una araña, me arañó la pierna derecha, y me lo sacudí de un tirón olvidando que era un bebé. Sus hermanitos lo recogieron a mis pies como a un huérfano, mientras me miraban con cara de maleantes. ¡Pequeños intrusos! Si, así dijo la intrusa mayor, osea, yo.

Rufo es tan chiquito en edad, y tan grande en el tamaño, que al escucharlo por teléfono imaginarías un ser tímido que apenas se asoma a la vida, pero cuando deletreas su nombre en vivo y directo, te das cuenta -mientras defeca en tus narices- que su nombre y caca se corresponden a la perfección, sobre todo cuando desde la cocina puedes olfatear como un perro la entina de su adorable ser.

Agudizar tu sentido del olfato durante seis horas, es como trabajar en un CENTRO DE INTELIGENCIA SECRETA. Te conviertes en un perro, detectivesco, canino, ágil, punzante, atento a los alaridos humanos, aunque yo atenta a unos ladridos casi humanos, porque a veces siento que me hablará.

¡Pobre! ya se fueron todos y quedamos sólo el y yo. El en estrechos metros cuadrados, yo encerrada en la cocina. Por eso cada vez que termino

mi jornada laboral me voy a despedir, y lo veo dando vueltas hasta casi vomitar por el encierro, y me digo luego de un largo suspiro: ¡Que culpa tiene Rufo!

Venezuela; 2023

Si la muerte se parece a ella, yo me muero con gusto

Durante una semana vendí seguros para una funeraria. Iba puerta por puerta y ofrecía un atractivo paquete mortuario que constaba de velas y velones de “cera privilegiada”, ataúdes de las más formidables maderas, de rosarios de distintas formas y colores, así como de una lujosa sala velatoria que en vida muchos no disfrutaríamos para ver televisión, leer un libro o chatear por las redes sociales.

Salía a vender en las mañanas para escapar del sol achicharrante de la tarde, de ese pueblo andino y creyente donde hasta las moscas se persignan, pero los posibles clientes huían nomás me sentían venir como a un espíritu diurno y desempleado, pensando que eran los evangélicos o los testigos de Jehová.

Por esos días llegué a conversar con al menos treinta personas, todas amables, sonrientes, y convencidas de que era un hecho que en cualquier momento morirían y debían adquirir un Seguro que cubriera los gastos de la inevitable despedida tanto de ellos, como de sus familiares.

Hubo un señor que mientras le hablaba sobre las bondades de morirse asegurado, le dijo repentinamente a una muchacha que pasó justo delante de nosotros: “Si la muerte se parece a ella, yo me muero con gusto”. Y luego retomó el tema con

la seriedad inicial, y para despacharme sutilmente soltó una frase más, más un breve análisis económico, y me abandonó a mi suerte: ¡Que vaina morirse! ¡Pero estamos en Venezuela, y entre el Seguro y comer, prefiero gastarme esos cinco dólares en un cartón de huevos, una sardina, y prepararme unos plátanos sancochados! ¡Que te vaya bien! corrijo, eso fue lo último que me dijo, y yo no sé por qué pensé en la canción ¡Ojalá que te vaya bonito! Y me fui.

La mayoría siempre me dijo como si fuera un libreto de cine, teatro o de telenovela: ¡Porque morir es lo natural! ¡Normal! ¡La vida es así! ¡Ocurrirá! ¡Qué podemos hacer! ¡Hay que agarrarse de la voluntad del creador! ¡La muerte es lo más seguro que tenemos! ¡La pelona está en todas partes! ¡Que triste es irse sin despedirse! -pensando en los accidentes- ¡Dios nos ampare! ¡Dios nos libre! ¡Dios nos guarde! ¡La vida es un tesoro! ¡La vida es un ratito! ¡El tiempo pasa volando! ¡Debemos ser felices, o al menos intentarlo! ¡Todos tenemos miedo a lo desconocido!...

Y con esas frases filosóficas transcurrían las conversas siempre con un tinte más reflexivo que comercial, mientras yo imploraba internamente a Dios que me compraran un Seguro. Quizás esa fue la razón, por la que no llegué a vender ni uno.

Venezuela; 2023

Directo a Rivadavia

Las sábanas de la señora Tosty eran pañales im-polutos. Las lavaba, planchaba y perfumaba como lo hacen las madres en pleno romance con sus hijos, o como un creyente higienizaría los vestidos del Nazareno o de la virgen de su preferencia.

Los sábados lanzaba a la lavadora las mil y una sábanas que poseía como tesoritos acunados en diversas gavetas recargadas de historias kilométricas de telas blancas, más blanco el detergente y la luz del lavadero para luego evaluarlas con seriedad detectivesca.

Las sábanas de la señora Tosty eran pañuelos que danzaban por toda la casa. Aparecían como niños militarizados -derechos, sin jorobas, correctamente sentados- en poltronas, muebles, mesas, mesones, y repisas. Algodonados y estéticamente agradables a la vista, provocaba sentárseles encima para consentir el trasero, o llevarlos a su sitio con la elegancia de una bandeja cargada de vino y frutas.

Los sábados le entregaba las sábanas que había utilizado durante la semana y me las recibía con tal encanto, que sentía que en ese intercambio de sábanas sucias por limpias se gestaba un ritual el cual siempre acaté, porque de haber infringido las reglas con mi regla ella hubiese ido a parar directo al Hospital Rivadavia.

Venezuela; 2022

Marlon Brando y la chica de la valija

¿Me llama a mí, o a Marlon? Le preguntaba desde la cocina.

Ella entraba en modo pausa, y era entonces cuando me acercaba a la mesa del living con un frasco repleto de vegetales hirviendo, una taza de café ardiendo, y un cigarrillo que diez minutos después ardería en el explosivo paladar de la Elegida. Pati era la Elegida. Un metro cincuenta, cabello rubio, sedoso, fisonomía y dinastía angelical donde prevalece lo blanco y el oro.

Todo en ella cándido, menos su nariz de costras marrón por la comida amontonada como capas formadas por la cafeína, el té, y la avena en la que creía como si fuera un brebaje bendito para adelgazar.

Su nariz era tan circularmente marrón, y supongo que yo tan desalmada en el gesto por no poder disimular la angustia y el asco presentes en una mesa recién limpia, atestada de antidepresivos, y cigarrillos para evocar y engancharse a la vida.

La Elegida, Pati, tan llena de cosas, sus cosas que parecían visitantes y vecinos queriendo saludar a una buena amiga. Cinco valijas, montones de duendes con formas de zapatos, pantis al viento como aves eróticas, siempre blancas como sus dientes postizos los cuales imploran besos y esperan la ternura que los de leche jamás pudieron saborear.

A Pati, muchas veces le rompieron el corazón, y una vez los dientes. El amor la golpeó tan duro y sus encías recibieron el tanganazo que apagó su sonrisa.

Cuando come me mira con tanta hambre, y come con tanto desespero, y Marlon y yo la miramos con atención esperando grite, agradezca, pida, maldiga, se carcajee, o tenga la iniciativa de conversar con la fluidez que la definía en las distintas geografías que recorrió como en una burbuja con su marido millonario. “El único con plata que tuve y que me arruinó la chequera y las emociones”, dice.

Marlon es tímido una vez te conoce, aunque al verte por primera vez te salte sin darte la oportunidad de olerte para luego quererte. Marlon tiene la nariz más limpia que la Elegida, quien lo eligió en México, pero cualquier perro del mundo jamás elegiría el desgano, ni un eterno viaje de angustias.

La llegué a pasar bien con Pati. Le creía, me reía, viajaba por momentos con Marlon Brando y la chica de la valija, pero cuando caía en cuenta que quizás mentía, que no era ella, sino el delirio quien me hablaba, me dolía, no era justo, me enojaba con Dios, me sentía estafada, entraba en bronca conmigo misma, me dolía.

Marlon tiene la lucidez de la ventana por la que entra la luz del verano, Pati la intención de escapar por ella con fe de que el agua de la piscina le devuelva el bautismo que perdió en la soledad que la alcanzó entre historias, delirios y rabias, entre Disneylandia y el tequila, entre USA y sen-

tirse usada y peloteada por sus afectos que un día la embarcaron a Latinoamérica a morir en un hotel bajo los cuidados de extrañas a las que algunas veces mira con asco y altanería, aunque a veces también las compensa con miradas suaves y sonrisas dulces, sobre todo cuando les dice que a sus setenta no pierde la esperanza de volver a hacer el amor.

¡Te voy a pegar! ¡Estoy enferma! A veces te dice. Que compañía tan cara la tuya, también te dice. Todo sube en este país, el país del olvido. A mí me olvidaron, pero por suerte aún no se me olvida contar, ni pagar las cuentas en un país de chorros.

Argentina; 2022/Venezuela; 2023

Mico

Para hablar con Mico había que tener en vez de un rosario clavado en el pecho, un diccionario amarrado al cuello. Agregaría una table o portátil para recurrir a San Google porque en cada párrafo conversado, además de preguntarte si entendías lo que te decía, te soltaba un hilo de títulos de libros, documentales y temas académicos que no conocías, tan lejos de ti, como de él de entender que no todos teníamos su bagaje cultural.

Se frustraba -aunque no lo dijera- cada vez que percibía tu cara de sorpresa y desconocimiento, y luego de un profundo suspiro consentía serenamente que no tuvieras ni idea de qué te hablaba.

Yo, me colgaba a internet para responderle una lista salchichonesca de nombres, fechas, datos, y reflexiones, de los que todo aquel que hablara con él hubiera querido tener al menos un atisbo de entendimiento para no avivar la furia inquisitiva de sus ojos, o efecto contrario no apagar de un tirón ese fuego intelectual del que necesitaba con urgencia que el mundo conociera su llama.

Hablar con Mico era entrar a una biblioteca lúgubre, como esas de Harry Potter, o a un salón de clases donde el profesor está a punto de caerte a coscorrónes porque no terminas de aprenderte el ABECEDARIO o la Tabla de Multiplicar.

Mico, tan correctamente gramatical, una vez me regaló un cuaderno, le agradecí el gesto mientras

pensaba si acaso él estaría pensando en que si yo entendía para qué existen los cuadernos, y de plano entendí para que existen, pero motivado al contexto geográfico, histórico y social al que me dirigiría en los próximos meses, el uso de ese cuaderno quizás no sería para escribir en el, sino para limpiarme las lágrimas, entre otros huecos húmedos de mi ignorante humanidad.

Venezuela; 2023

En puntillas va

Cuando tenía siete, ella tenía unos veintitrés, supongo, porque no la conocía, y jamás la llegué a conocer.

Pasaba todas las tardes por la acera de enfrente de la casa de mi abuela, y no la veía caminar, sino flotar tres segundos musicales con ojos risueños y labios fresa natural.

Cuando pasaba y algunos de mis familiares la veían, siempre decían en modo lamento, que allá iba la pobre muchacha que según estaba más cerca de la locura, que ellos de la prudencia y de la falta de imaginación, porque la verdad para mí esa caminante que se paseaba por mis ojos fugazmente como en una tira cinematográfica, sólo tenía una particular forma de bambolear su trasero y sus piernas, y lo celebraba erguidísima y suspendida en una nube de picardía infinita que alborotaba la envidia de los jorobados y ociosos. Cada vez que pasaba me preguntaba qué estaría pensando para que compartiera su alegría con la miniatura que la defendía en su afán infantil de creer que ella era un personaje tocado por la divinidad de una mariposa o de un arroz con leche degustado con absoluta felicidad a las cinco de la tarde, justo a la hora que pasaba, mientras me decía en voz baja: ¡En puntillas va!

Venezuela; 2023

Los vestidos

Cuando llegué al terminal de Buenos Aires le pedí a un par de señoras que por favor le dieran un vistazo cada tanto a mis maletas mientras iba a una casa de cambio para convertir en pesos los únicos veinte verdes que me acompañaban con la solidaridad de un semáforo.

Al regresar por mi equipaje las mujeres no estaban, entonces mis pertenencias fueron declaradas como desaparecidas, y en ellas los dos vestidos que compré en Santiago de Chile. Retazos frescos y coloridos que pasaron a existir sólo en las estanterías de mi cabeza, colgados en los ganchos de mis neuronas, y ya comenzaban a bailar un tango, sin ni siquiera haber aprendido antes a moverse entre milongas.

Esos vestidos ocuparon mi atención en esos segundos huérfanos, donde era seguro que había perdido dos niñas anhelantes de recorrer las calles porteñas, tan vivas, como sus telas impolutas, y tan bien portadas pese a escaparse con furia de una tienda de ropa usada, sólo para vivir.

Era un hecho que esos vestidos vivirían en mi memoria amilanada y desesperada, tratando de recordar si acaso habría sido otra de las puertas de salida donde había dejado las maletas.

Decir que un infinito hueco estomacal se apoderó de mi conducto intestinal, era poco decir, porque la verdad fue que además del hueco y de una ener-

gía de abandono, sentí un inesperado mareo, y en el vaivén sólo aparecían aquellos vestidos como franjas borrosas televisivas en las que a través de ellas hubo un momento en que llegué a divisar dos siluetas que me saludaban con apuro y me daban indicaciones y señales directamente desde el cielo, que descifraban que un taxi estaba a punto de dejarlas. Suerte, me dijeron, y se fueron.

No eran ángeles, aunque si las cuidadoras de las dos maletas que contenían esos dos vestidos chilenos, y mis títulos universitarios que quedaron eclipsados por esos dos vestidos que tiempo después vendí para completar el pago del alquiler.

Venezuela; 2023

Una doméstica contempla Puerto Madero

No es una pantalla cinematográfica, ni un lienzo, pero podría convertirse en una saga, una serie, un videoclip o un tríptico. Es un escenario. Una obra de arte, y un capricho de la naturaleza. Es la inconmensurable hermosura que desviste el horizonte, de Puerto Madero.

Son las ocho de la mañana. Un sábado soleado de otoño. Una doméstica entra al domicilio de una señora elegante, muy formal, pero tan cálida como una estufa en pleno invierno. Su simpatía comparte recuerdos, evoca a sus antepasados, mezclas finas, exquisitas, selectas, y elegidas que poco o nada tienen que ver con la palabra colonización.

Su biblioteca es tan larga, ancha y profunda como los diques que circundan el puerto. La doméstica intuye mientras limpia sobre lo limpio -de una geografía indiscutiblemente académica- que su contratante es escritora, profesora o diplomática, y que quizás en las próximas limpiezas tendrá la osadía de pedirle prestada alguna de esas joyas que brillan en una estantería imponente e imponente.

Es una señora muy ocupada. Una llamada telefónica, y otra más. Puede que también sea una artista plástica. La doméstica no sabe el nombre de la menuda mujer que cada tanto tararea una can-

ción con esfuerzo. Es una musicalidad que incita a olvidar o a escapar. Una vez más el teléfono, y más autores aparecen como ensortijados en mesitas de noche, mesas de living, y del baño. Mucha cultura en tan pocos metros cuadrados. Aunque al azar, gratamente sorpresiva por la diversidad de sus autores. Clásicos y contemporáneos, como duendes también contemplando Puerto Madero. La doméstica fue contratada por cuatro horas, pero el espacio es tan reducido y limpio que en tres remataría su jornada. Decide hacer una pausa y comer unas frutas durante cinco minutos en la cocina a la que entra poseída por un paisaje seductor y eterno que la invita sin vacilar a sentarse en el moderno balcón para disfrutar de la función.

Una doméstica contempla Puerto Madero, sentada, serena, suspendida. Presiente que será la última vez que lo mire desde ese ángulo. En breve será despedida por mirar, pero poco le importa, y se entrega. Astigmatismo e hipermetropía desaparecen, y una flamante vista entra a escena con la lucidez natural de los astros que colorean esta bahía citadina que bien pudiera presumir por bella, memorable, gloriosa, pero que por su grandeza se muestra frágil, divertida, apasionada y loca, como una sabana habitada, admirada y contemplada por todos.

Argentina; 2022

El beso

¿Un beso? Le preguntaba Tomás una vez más a la china del kiosko cercano a su trabajo. Sí, le contestaba ella en su lengua. ¿Está segura? Le preguntaba nuevamente el joven de drelos y franela de Bob Marley, y la joven asiática acentuaba su mandarín extendiendo cada tanto la mano.

Tomás se preguntaba mentalmente si ella lo habría confundido con alguno de sus amigos porque la verdad ni su hermano se parecía tanto a él como sus compinches greñudos, repletos de tatuajes rocanroleros.

Por al menos cinco segundos llegó a evaluar rasgos y gestos de la mujer y sólo podía imaginar entre ella y sus amigos una historia de compras, cambios y vueltos. Sintió culpa por su maquinación racista, disonante por completo con el género del reggae. ¡Vamos, relájate! pensó una vez más.

Un beso, por favor. Insistía con apuro y sonrisa mecánica la china, y él rebozado de pensamientos, comenzaba a admirar la piel lozana y pálida de la joven. Hubo un momento en que detuvo la mirada en los dos huequitos cercanos a la boca que se le marcaban a la mujer cada vez que se reía o intentaba hacerlo. Pensaba que debía tener no más de veinte años, como también pensó en la sobrepoblada y supuesta frialdad de su cultura oriental, y ya quería saber su nombre para que no se le extraviara su chinita.

Me tocará ir hasta detrás del mostrador y besarla, se dijo, pero no logró llegar porque la casi adolescente dijo por enésima vez, angustiada: ¡Disculpe señor, si no tiene el peso ahora, puede traérmelo mañana! Luego de una pausa terminó de facturar y le entregó el ticket.

Estupefacto, Tomás pensó en la solidaridad china como una hazaña monumental y en ese instante aceptó la letal sordera que siempre tuvo para los idiomas, y remató pensando que la creatividad no sólo era una copia made in china.

Argentina; 2021

¡La tía Juana!

Hay quienes creen que yendo a velorios ganarán público después de muertos.

No sé si sea el caso de la tía Juana, pero ella no se pela un entierro. Si usted la ve planchando un pantalón y una camisa blanca no crea que se une a la cantata criolla del pueblo, no, es que va a servir chocolate y a llenar frascos de corneciervo.

La tía Juana cuando no está en un velorio está sentada en el porche de su casa diciendo adioses a todo el que pasa, pero para mí más bien lo que pasa es que está esperando la muerte de algún familiar, vecino o lejano conocido para vestirse de angustia y escapar al entretenimiento que produce la muerte en el aburrimiento de un pueblo. Porque la muerte en un pueblo es una fiesta, y es la muerte de todo aburrimiento.

Argentina; 2021

¡Delicias!

El señor Nicolás sentado en la única silla de mimbre de un local de venta de panela, veía desfilan la más variopinta fauna durante doce horas.

El dueño del local “Misia Panela”, hablaba mucho y de lo que más hablaba era de su colección de botellas de perfumes. Pero la verdad era que su selecta clientela a quien deseaba oír -sin suerte- era al señor Nicolás, quien parecía estampado en el minúsculo negocio, y por el que el dueño tuvo que armar un bloque de panelas para sentarse.

Ciertamente en un local habitado por dos y con un movimiento de venta irregular, se creaba un equipo perfecto de complicidad y ocio, al que los estados de reposo invitaban a bostezar, a peerse y hasta condimentar, y lanzar al techo cualquier secreción.

Asistir a un local donde sólo se hablaba de colecciones prehistóricas que tenían que ver con el olfato, hacían del olor de la panela un producto natural altamente estimulante para los compradores quienes jamás hubiesen imaginado que debajo de esa frágil y pintoresca tela que cubría el improvisado asiento del dueño, estaba compuesta por bloques de azúcar que eran sustituidos por unos nuevos todas las noches, y despachados al día siguiente, por evitar que se agrietaran y no pudieran venderse.

Argentina; 2021

“La tía Gertrudis”

La tía Gertrudis entraba a un consultorio médico y se le disparaba la locuacidad. Sus nervios y espíritu hipocondríaco hacia callar, y asentir a los médicos más experimentados.

Preguntaba y se auto diagnosticaba con tal seriedad que los especialistas creían que era autodidacta o aficionada a la medicina, pero lo que sucedía era que antes de llegar al consultorio googleaba las supuestas patologías de las que según ella padecía.

Desde una simple gripe, hasta una posible enfermedad cardíaca eran unas de las tantas afecciones que le inundaban la cabeza hasta paralizarla, convencerse, y convencer que algo malo le aquejaba. Si la tía Gertrudis veía en la tele algún enfermo, adquiriría los síntomas como una herencia. Si veía por la calle a un discapacitado comenzaba a emular su invalidez, si alguien le contaba que pepita estaba embarazada se mareaba y entraba en antojos, si soñaba que se le había caído un diente asistía durante un mes al odontólogo, si de repente veía borroso por cansancio, pensaba en que la había alcanzado la ceguera, entonces los nervios le estallaban y se mezclaban con los de don Ramón, su marido, y con los de sus viejas vecinas de enfrente.

Una vez que iba al médico salía renovada y convencida de que la culpa era de su artística y sensible imaginación.

Argentina; 2021

¡Por culpa de esa Z!

Es que algunos zapatos tienen forma de “Z”.

Entonces, hablar de suelas es referirse a una “Z” bailando, aunque los cisnes -asociados a la danza- tengan forma de “S”.

Pero es que la cosa no fue la zarzuela, que, aunque no sé también la hubiese bailado con gusto.

Ni tampoco la azuela o hacha de mango corto ideal para esculpir la madera, a esta última más bien me la hubiesen clavado al nacer en la fontanela, y así con los años evitar el zarpazo en el corazón por la profunda decepción que sufrió mi amado al leer de mi puño y letra suela con “Z”.

Ningún chancletazo podrá borrar de su corazón esa “Z” que juro por Dios tiene forma de suela, aunque la Real Academia se haya encaprichado a escribirla con “S”, y me condene lanzándome todas las suelas de los zapatos, incluidas las de mi amado letrado que jamás me perdonará ese error ortográfico.

Venezuela; 2025

Impresiones Dibujadas

Lo cierto fue que la maestra decidió castigar al niño porque su dibujo atentaba contra la moral y contradecía la buena educación impartida en tan distinguido colegio.

“¡Deje de llorar y camine para la dirección!”, le decía la docente al pequeño sentenciado, mientras veía con asombro el papel delator.

Ya en la sala del juicio, un grupo de especialistas en reparación de la cordura, calificó de irreprochable el comportamiento del niño, censuró su imaginación y por cosas de la divinidad le fue frustrado un coscorrón y una nalgada al cabizbajo infante, que continuaba llorando el triste final de su primera inspiración en claroscuro.

¿Por qué dibujaste a un hombre orinando en la calle? preguntó tajante al estudiante la directora del plantel, a lo que de inmediato el interrogado contestó: ¡Maestra, soy yo regando las flores que están en el jardín de la escuela!

Venezuela; 2015

Los zapatos de tío Silvestre

Hubo un tiempo en que a mi mamá le decían regalito de Navidad, porque todo lo regalaba.

Por esos días su tío Silvestre le mostró las desgastadas suelas de sus zapatos y mi madre, con gesto compasivo, le prometió de inmediato al octogenario que pronto estrenaría calzado.

Transcurrían los meses y durante las reuniones familiares el tío Silvestre cada vez que podía le preguntaba sutilmente a mi mamá por los zapatos. Entre la algarabía de los hermanos y primos, ella contestaba con exageradas muecas —de quien está haciendo intentos por escuchar para poder responder— que había olvidado contarle que le había encargado unas hermosas botas de cuero.

Él hacía un gesto de alegría y seguía la fiesta. Pero pasaba el tiempo y se repetían los diálogos entre el tío y mi madre, quien ya aumentaba descaradamente sus excusas.

Una tarde mi mamá estaba en la Plaza Bolívar del pueblo y no hay que adivinar a quién se encontró... Pues al tío Silvestre, quien, a pesar de luchar por no abandonar su dignidad, no perdió la ocasión y le preguntó una vez más por los zapatos. El tío no había terminado de articular palabra cuando mi mamá, de manera fugaz —porque según ella, estaba muy apurada— le contestó a Silvestre con un «ufffffff» prolongado que días atrás le había mandado los zapatos con su hija Berta.

Con cara de pura felicidad, el tío se fue a buscar lo que imaginaba podían ser unas botas clásicas de las que promocionaban cada veinte minutos por la televisión.

No había terminado de llegar a casa de Bertica cuando Silvestre le solicitaba la entrega del regalo que le había hecho su adorada sobrina Aurita.

«¿Cuáles zapatos, papá?», fue la abrupta respuesta. Entonces el tío, ante tanta espera y viendo frustradas sus ilusiones de estrenar calzado, comenzó a lanzar dardos justo en el momento en que venía entrando su yerno Antonio, a quien se abalanzó porque estaba seguro de que los zapatos que llevaba puestos eran los suyos.

Ante el público engaño, el tío y mi mamá se desaparecieron de las reuniones familiares por un buen tiempo.

El día en que Aurita compró finalmente los zapatos, Silvestre tenía una hora de muerto. Ante la infausta noticia y para no quedar con deudas infraterrenales, mi mamá quiso ponerle los zapatos a su tío, pero los hijos del burlado abuelito se negaron asegurando que para el cielo se va descalzo.

Solo por no irrespetar a la superstición, hasta el sol de hoy mi mamá no deja ni un pie fuera de la cama, y no volvió a hacer promesas ni en broma.

Venezuela; 2014

La tuerca

A los seis, un tío me regaló un anillo de azabache, el cual lucía con extrema petulancia.

Recuerdo que a primera vista mi hermana de cinco se sintió atraída por la escandalosa piedra y ofendida porque no le obsequió a ella ni siquiera uno parecido, o uno más pequeño, o de juguete, de cobre, simplemente ¡no!

Mientras yo presumía del envidiado negro brillante, sin ningún tipo de remordimientos, la pobre criatura, observaba en silencio y con aparente serenidad mi pavorrealística danza boquiabierta, carita de balbuceo y ojitos a punto de estallar.

Hubo un momento en que la visualicé haciendo sutiles muecas que tramaban un enredo mientras dirigía su mirada a la caja de herramientas del tío Cheo, entonces corrió y no supe de ella en los próximos veinte minutos.

Cuando estuvo de vuelta, vi que hacía movimientos contundentes en sus manos mientras monologaba viéndose en el espejo de la peinadora de la abuela.

Subía y bajaba repetidamente los dedos de su mano derecha haciendo ademanes de bailarina exótica, fue entonces cuando me percaté que había colocado una tuerca en su dedo medio, la cual llevaba con orgullo y arrogancia en un vaivén, balanceo que fue disminuyendo y que pasó de la elegancia al desespero y todo lo que implica el

agua, jabón azul, crema de manos, saliva, chimó, champú, y en última instancia aceite vegetal, en un esfuerzo cómplice de dos niñas por sacar la tuerca.

Minutos después, la exagerada hinchazón del dedo desató un corre corre familiar. Gritaba la tía Teresa, y la tía Pilar pedía la cola a un desconocido al hospital.

En emergencias un equipo de bomberos rompió en pedazos los azabaches imaginarios de la niña María Lourdes, mi hermana, quien no usa anillos de oro, de plata, de cobre, ni de matrimonio, temiendo se repita esa amarga experiencia.

Venezuela; 2014

La Familia Chirinos

Cuando terminé la carrera de periodismo le regalé todos mis cuadernos a una amiga que estudiaría lo mismo.

Ella sin vacilar en la confiabilidad de mis apuntes, empezó a estudiar días después sobre la *Invencción del papel*.

Transcurrido un mes, coincidimos en el pueblo, y me contó velozmente y con cierta vergüenza, que por mis inentendibles jeroglíficos, justo en la parte final de su tan esperada primera exposición y en medio de unos cuarenta estudiantes, en vez de agradecer a los chinos, agradeció a una tal *familia Chirinos* por haber inventado el papel, por lo que de inmediato fue corregida en medio de chistes, no sólo por la profesora, sino también por sus implacables compañeros de clase, quienes hasta el día de hoy cuando la ven antes de saludarla como Dios manda, dicen entre risas, allá viene la *Familia Chirinos*.

Venezuela; 2014

El vecino

Me cuenta mi mamá que un día probando un teléfono CANTV recién instalado, se encontró con que cada vez que intentaba realizar una llamada, la operadora le decía literalmente: “por favor llamar al número del vecino”.

Luego de tantos intentos fallidos creyó que, por error, en el momento que solicitó la línea había dado algún dato de su vecino Pedrito, y le pidió a éste que fuera hasta su casa para que él mismo escuchara la insistente voz de la computadora que lo refería aparentemente como al único contacto telefónico disponible para llamar.

¡Efectivamente vecina! así dice la fulana operadora: “por favor llamar al número del vecino”. Con cara de desconcierto, repitieron la operación una y otra vez.

Ante lo inexplicable, ambos decidieron sumar un tercer oído al asunto. Le dijeron a mi hermano Salvador que escuchara la obstinante voz mecánica, quien de inmediato los miró entre la risa y el llanto y les dijo, esta cosa lo que dice es: “por favor llamar al número de destino”.

En consenso familiar, pasado unos quince minutos la primera llamada que se realizó fue para pedir dos citas al otorrinolaringólogo.

Venezuela; 2014

La caraota

Recuerdo que esa fue una época en la que mi hermana de cuatro tenía la manía de meterse todo a la boca, todo excepto lo que alimento alguno se refería, porque mi mamá siempre contaba que la pequeña viruta, -como ella la llamaba- era de muy mal comer.

Un domingo de diciembre estaba el familión reunido en la cocina preparando las hallacas, y mi hermanita aprovechó de colarse entre el bochinche, y hacer de las suyas entre ollas, cubiertos y especímenes.

A medida que pasaba el día, la niña iba atrapando la atención de aquella fiesta familiar. Los presentes veían embobados las distintas figuras geométricas que construía mi hermana con cuanta semilla aparecía.

Se escuchaban distintos comentarios que admiraban su tranquilidad y creatividad.

Y es que tanta serenidad de mi hermanita llegaba a conmover, según cuentan familiares y vecinos. Siempre con esos grandes ojos de sueño, tristonos y enlagañados por los repetidos cuadros alérgicos como consecuencia de una rinitis crónica que le diagnosticaron al nacer.

El tema es que tres días después de aquella contemplación familiar, mi hermana, comenzó a moquear de manera excesiva. La flema que desprendía tenía un color negruzco acompañada de

puntos blancos y grisáceos.

Al cuarto día de tanto moqueo, la llevaron al hospital. La pobre jamás se inmutó, su único malestar se evidenciaba en no dejar de hurgarse la nariz.

El médico evaluador una vez de realizar un chequeo general, se dispuso a llevar a cabo una inspección a profundidad en cada fosa nasal de la niña.

Con sutileza, introdujo en ellas un delgado aparato de luz tenue con el que examinó detalladamente. Segundos después colocó en cada cavidad una pinza, deteniéndose en la cavidad izquierda en la que comenzó más que a ver, a sentir un cuerpo extraño que fue halando y halando con extrema suavidad hasta llegar a visualizar con asombro ¡una abombada caraota a punto de estallar en raíces!

Ese es el momento en el que el papá señala a la mamá como única responsable de lo sucedido y donde automáticamente desaparece todo grano de la despensa y con ellos las hallacas de caraota. Inicia una historia de vegetarianismo, frutas y cereales para María Lourdes, mi hermana, quien curiosamente hace poco heredó un sembradío de caraotas en Biscucuy pie de monte andino. Como diría ella misma, ¡Tremenda paradoja!

Venezuela; 2014

Chapuci

¡Era tan libre que seducía!

Se llamaba Aldo Chapuci y tenía 50 años. Yo tenía 25 y acababa de salir de una relación de concubinato en la que el aburrimiento y la frigidez habían sido las constantes silenciosas.

Chapuci tenía una personalidad arrolladora, era licenciado en letras y siempre que podía hacia alarde de su impecable manejo del lenguaje, lo que muchas veces debo admitir, rayaba en pedantería e incomodaba a propios y extraños. Pero yo ante tanta admiración hacia caso omiso al asunto y continuaba idealizándolo.

Me decía a mí misma: Es un jodedor de oficio producto de su elevado coeficiente intelectual. Todo el mundo sabe que la gente inteligente tiene un gran sentido del humor, y en eso, mi todopoderoso no es la excepción.

Recuerdo que este extravagante personaje colado en mi historia bien sabe gracias a qué cataclismo astrológico, divino o atmosférico, tenía las agallas de coquetear en mis narices con compañeras, amigas, familiares, con extrañas que transitaban por el *Bulevar de Sabana Grande*, y con cualquier otra falda que apareciera en el globo terráqueo.

Me decía, ¿viste que formas? ¿qué siluetas? ¡que culos! Para que salir de Venezuela si aquí hay mujeres para todos.

Yo, en medio de una ligera confusión y una sonrisa nerviosa que dejaba entrever un supuesto entendimiento ante la descarada contemplación de las glorias femeninas de mis rivales, tenía los sagrados ovarios de decirme a mí misma una vez más:

¡Qué tipo tan profundo! ¡todo un artista! Me da algo de celos, pero de ninguna manera, tengo que estar a su altura en cuanto a pensamiento se refiere. Él es un ser elevado y evolucionado en mente y espíritu.

Pero la verdad es que estaba odiando a cuanta mujer se atravesara en nuestro camino. ¡Y que me perdone el género!

Más tarde, cuando Chapuci recordaba que le estaba haciendo compañía, me decía con cierto tono reflexivo:

Aunque tu cuerpo resulte insignificante para los estándares de belleza comercial, debo admitir que ¡estoy enamorado de ti!

Recuerdo que en esa última frase los oídos me hicieron piiiiiiiiiiiiiiiiiiii y estuve a punto de vomitar. Acto seguido mi estupidizante soliloquio.

¡Qué impresionante su sinceridad! Eso quiere decir que de verdad me ama porque me lo dijo de una forma tan sutil... Vamos, no tienes porque sentirte ofendida. Ábrete al mundo de las ideas. Lo que él verdaderamente quiso decir es que tienes otras cualidades físicas, en menor proporción claro está, pero que no dejan de ser importantes.

Entonces lo abracé y le devolví el te amo. Hoy, después de tantos años, la verdad es que le hu-

biese dicho. ¡Mira viejo ridículo! ¿Acaso no te has dado cuenta que te faltan dientes?

¡Pero es que no... insisto! Chapuci era casi perfecto. Jamás olvido los fines de semana que pasábamos en su apartamento de San Bernardino. Fueron días y noches enteras entre lecturas, música y sexo. Un gran mentor en la narrativa de mis breves cuentos, algunos de ellos publicados en la sección “*Echa tu cuento*” del *Diario Últimas Noticias*.

La cantante estadounidense de rock and roll y blues, Janis Joplin, fue testigo de nuestros apasionados y extenuantes recorridos corporales, donde cada intercambio de fluido me hacía explotar en alaridos. Era en ese preciso momento cuando tanta vanidad y desfachatez se convertían en pura sabiduría.

Sin duda, me decía a mí misma, ¡Chapuci es estrictamente necesario! Y esto último era casi un susurro, porque si se lo decía el reproche era automático, alegando que sonaba a plegaria o a uno de esos decretos de libros de autoayuda, los cuales laceraba por considerar que ofendían a la *Académica*.

Debo decir que al principio, mi relación con Chapuci fue consentida y celebrada por todos. Lo conocían según mis referencias sesgadas por el amor y la admiración. Era todo un salvador familiar, un héroe laboral y mi dios personal.

Sencillamente había llegado ese amor afín, anhelado por tus seres queridos. ¡Había llegado y había que conocerlo!

Una semana fue más que suficiente para que mis familiares, amigos, conocidos y desconocidos,

luego de haberse suscitado el tan esperado encuentro, corrieran despavoridos.

Me decían: ¡Pobrecita se la comió el lobo! Y yo con ganas de comérmelos a ellos, seguía justificando a aquel Chapuci de mi corazón.

Recuerdo que desafié a titirimundachi por aquel amor que me inspiraba hasta el punto de querer embarazarme.

Si, el lobito Chapuci siempre decía en broma tanto en público como en privado que era el momento de ser madre. Él lo exponía desde la poesía, yo suspiraba imaginándome entre teteros y pañales, flotando en una nube de pupú infantil. Me extasiaba pensando en que sería igualito a su papá, culto, de contextura atlética y rostro seductor. ¡Estilo, forma y fondo! Conclusión: la *Real Academia* personificada.

Pero ¡tanto va el Cántaro al agua hasta que se rompe! La grabación de una larga conversación puso en descubierto el vil engaño de Chapuci. Zapateé entre licor toda una noche y al día siguiente lo dejé ir entre el vómito de la resaca.

A veces cuando camino entre la multitud caraqueña, recuerdo su inquitada cabeza de ventilador. Tras evocarle aparece sentado en el *Gran Café* y puedo tocar la dulzura de sus ojos saltones. Entonces recuerdo su libertad de niño de la calle, como él siempre me decía. ¡Soy aquel niño de la calle! El que le hizo mandados a un rector de la *Universidad de los Andes*.

Hoy me digo: ¿Quién puede medir su bondad o maldad? ¿Quién es él? ¿Quién soy yo?

No es tan malo como dicen...

Una vez Chapuci me dijo. ¡China usted como que me inventó! Y hoy creo que era mi deber salvarme de tanta pereza mental, y de tanto verano sexual.

Venezuela; 2015

El tobo escondido

Luego de autopublicarse el libro *Reflexiones de una insensata*, la muchacha creyó que su vida como escritora estaría asegurada.

De los trescientos ejemplares publicados, se enteró que por voluntad propia solo dos personas en Caracas compraron el librito.

Por cosas del azar, un reconocido escritor de San Antonio de los Altos a quien le llamó la atención la portada en una Feria del Libro porque estaba ilustrada por un artista plástico del estado Lara, que resultó ser amigo suyo.

La otra lectora fue una compañera con la que hizo un taller de teatro, quien le confesó que, aunque aún no lo había leído, lo había comprado porque estaba atravesando por una situación confusa en su vida amorosa y se sintió identificada con el título.

Pero aunque *Reflexiones de una insensata* no había tenido éxito en la ciudad, había superado las ventas en el pueblo de crianza de la joven escritora porque su mamá lo había fiado y vendido a titirimundachi. Aurita “la Turca” aseguraba que todo aquel que había adquirido la obra lo había hecho de manera espontánea, porque no estaba acostumbrada a persuadir y muchos menos a imponer a su clientela mercancía alguna. La muchacha sabía que su mamá era capaz de vender todas las piedras del Río Saguaz.

Meses después de la publicación, las felicitaciones de familiares y amigos llovían. El papá leía extractos de las reflexiones a todo aquel que lo visitaba, la mamá fotocopió el libro e intensificó las ventas en el pueblo y las parroquias aledañas. Su abuela paterna, luego de rezar el rosario y comentar versículos de la Biblia, estratégicamente les servía café a las devotas y sacaba debajo del Libro Sagrado, el librito de la nieta a quien por vergüenza las fieles tenían que leer de mano en mano por lo menos una hora más luego de haber concluido con las oraciones.

Con tanto elogio y respetabilidad local por su oficio, la muchacha sintió que era el momento de hacer algún curso literario que complementara y afinara sus aprobados conocimientos y originales técnicas de escritura. Sin mucho que pensar, se inscribió en un famoso *Diplomado de Narrativa Contemporánea* dictado en Chacao, donde estaba segura reconocerían su talento y maestría para contar las más brillantes y estupendas historias.

Una decena de extraordinarios textos y buenas lecturas comentadas aumentaban la ansiedad y el temor de la muchacha por participar en clase. Asaltada por el miedo y la duda, ese día llegó y en medio de unos veinte estudiantes de distintas edades y profesiones, comenzó a leer un breve cuento donde sería evaluado *El Dato Escondido*, de Vargas Llosa, que tituló *La Primavera*.

Una semana antes de leerlo en clase, lo había comentado con amigos y compañeros de trabajo,

a quienes les había parecido una maravilla, una promesa de la literatura venezolana, le decían. Segundos antes de comenzar a leer, el nerviosismo de la muchacha aumentó porque tuvo el pálpito que la estudiante que la antecedió había cumplido con la tarea. Algo le decía que su historia que no tenía un final feliz, porque se trataba del asesinato de una adolescente a sus padres, se quedaría en pañales con el verdadero e implacable final que tendría la evaluación de su cuento por parte de los literatos.

Y así fue. Nomás terminó de leer la muchacha el cuento, el tiempo pareció congelarse y con el, el rostro de asombro de los participantes, quienes guardaron un largo silencio mientras el profesor hundía nuevamente sus pupilas en el texto pensando que por despiste no había entendido la historia; parecía buscar algo rescatable en ella. Como decía uno de sus admirados profesores, la policía de la literatura había llegado sigilosamente y la merodeaba burlesca, escupiéndole la cara.

La voz firme y chillona de una de las estudiantes interrumpió el silencio diciendo que no entendía nada. De ahí en adelante comenzaron a darle “palo a la piñata”. Unos decían que la protagonista, en vez de parecer que estaba en una cárcel, estaba en un manicomio, prostíbulo o convento. Discutían entre ellos, sumando las lacerantes calificaciones del profesor, quien refutaba que la adolescente de la historia tenía alguna patología psiquiátrica y que al mismo tiempo había algo

de sadismo en la trama, además que cómo era posible que había asesinado a sus padres con un revólver que salió de la nada y que para rematar había hablado de una fulana cama y un fulano baño cuando en las prisiones de vaina hay literas, la gente orina en el piso y jamás, pero jamás, alguien olvidaría un cigarrillo.

La muchacha sintió que se le desmayaban las piernas cuando otra voz femenina pareció apiadarse de ella diciendo que le había gustado el cuento. La muchacha sintió recuperar fuerzas, pero minutos después dijo que no le parecía tan malo, entonces la novata sintió que se desvanecía.

Otra estudiante suplicaba que escucharan su opinión porque ella daría argumentos contundentes para salvar a la condenada, mientras que una voz masculina sentenció que era mejor que la muchacha escribiera otro cuento.

En medio del linchamiento, la muchacha asentía automáticamente a todo lo que le decían y a duras penas trató de salvar su historia, pero todo estaba perdido, el profesor dio su veredicto: un relato con múltiples inconsistencias, no había un perfil psicológico definido, y lo más importante, no quedaba claro si había un dato escondido.

El especialista vanaglorió el trabajo de otras estudiantes que derrocharon talento y sí cumplieron con lo encomendado, y miraba de reojo a la muchacha con pena ajena, sin olvidar su rol de evaluador. Sabía que de la pobre escapó el dato de Llosa pero no los tobos, las poncheras y cuanto

perol exista para culparla por su osadía.
Cuando terminó el chaparrón, la muchacha recogió sus “macundales” y con risa nerviosa llamó a su mamá y le preguntó que si la vanidad y la osadía eran hereditarias.

Venezuela; 2015

De Propatria a Palo Verde

¡Dieciséis mil bolívares fue lo que me dieron de bono vacacional!

Se suponía que con tan poco debía viajar al menos unos días para la Mérida turística o por alguna playa de la Guaira. Pero el dinero se me fue saldando deudas. Ante la decepción y como en un estado de auto convencimiento de que sólo Dios sabe por qué pasan las cosas, decidí caminar de punta a punta Caracas.

Con casi nueve años en la capital, las circunstancias me habían destinado a lanzarme al contraste de uno de los más ruidosos y particulares lugares del mundo. De algún modo, había que respirar.

Eran las ocho y once de la mañana cuando inicié el recorrido desde Propatria. Vestía ropa deportiva y llevaba puesta una gorra que decía “Bocónó” – uno de mis pueblos de crianza-. Aunque amenazaba la lluvia, mi optimismo estaba intacto. Me fui calle abajo, no sin antes preguntarle a una trigüeña de rostro amable, si la acera derecha me conducía en la dirección correcta.

El ruido de las motos superaba al de los automóviles. Veía liceístas y gente joven bajando por empinadas escaleras que daban con diversos sectores populares de la zona. Los vendedores ambulantes se multiplicaban y cada veinte segundos zigzagueaba con perros y gatos. También tuve que culebrear entre la basura de la avenida prin-

cipal y divisar montañas de desechos ubicados a pocos metros de viviendas y locales comerciales. Sólo prevalecía la rapidez y el desafío autómatas del tiempo.

A la altura de Gato Negro desaceleré el paso y volví a respirar. Observé por primera vez durante el recorrido que había guardias nacionales custodiando la transitada “Y”. A unas cuerdas de ellos, dormía plácidamente un indigente abrigado con uno de los afiches de la *Feria Internacional del Libro 2015*.

Pero mientras unos duermen, otros despiertan y activan sus deseos haciendo peticiones a la divinidad. A pocos pasos del amigo de la calle, el viento jugueteaba con una colorida hoja de papel. Era una carta dirigida al niño Jesús, escrita por Adriana, a quien seguro por la premura de sus padres se le cayó en el pavimento mientras soñaba con que se convirtiera en realidad lo que no alcancé a saber, a consecuencia del maltratado pliego.

Ciertas garuítas seguían amenazando con interrumpir mi recorrido. Me propuse ver el reloj justo cuando cumpliera la meta, antes no era recomendable por evitar un ataque repentino de ansiedad y de agotamiento físico. Calculaba que había transcurrido alrededor de una hora y treinta minutos. Estaba muy cerca de llegar a Capitolio, veía a lo lejos el movimiento y la disparidad. Ya en pleno centro de Caracas. Un marcado panorama histórico e institucional sobresalía entre el desorden y la improvisación de tarantines, kioscos y comerciantes informales.

El famoso e histriónico predicador evangélico de la Plaza Bolívar entretenía a todo el que pasaba o se detenía a escucharlo en una suerte de línea astrológica. Con gran emoción era aplaudido. Daba la impresión de que estuviera estampado en la calle empedrada.

Al llegar a Bellas Artes me tomé un jugo de naranja mientras atravesaba el Boulevard de los artesanos y libreros. El olor a marihuana flotaba entre el saludo y las sonrisas de los vendedores. Diagonal se veía el imponente *Teatro Teresa Carreño y la Universidad Nacional Experimental de las Artes*. A sus afueras, gente de todas las edades conversaba, leía y hacía piruetas en los semáforos. Una pintoresca estación donde el tiempo y el olvido no parecen tener espacio.

Media hora después llegué a Plaza Venezuela. Me recibió su cristalina fuente y un montón de unidades de transporte público prestas a diversas rutas.

Caminando por el Boulevard de Sabana Grande y Chacaíto, pregunté el precio de Blue Jeans y camisas para dama. Para mi sorpresa los montos de estas piezas oscilaban entre los dos mil quinientos y cinco mil bolívares. Pensé que como faltaba mucho para la quincena, aceptaría la propuesta de un compañero del Táchira, en vender chocolates los dos siguientes fines de semana en el Parque Francisco de Miranda.

Cuando pasé por Chacao y Altamira, me percaté que aumentaron los cafés y las vallas publicitarias se intensificaron como en un aire de alegría. Dis-

minuyeron los piropos callejeros y si las había, las licorerías estaban escondidas. Ah, y los grafitis parecían asaltar a los transeúntes.

Legué a Petare y pese a los exorbitantes costos, me alivié al saber que en lo sucesivo -sin tener necesidad de hacer cola- podría adquirir los productos desaparecidos desde hacía meses en los anaqueles de la cadena de abastos privados. Un señor me dijo, ¡Paisana seis plátanos por cincuenta bolívares! me pareció sensato porque en La Bandera me salía cada uno en veinte. Por el cansancio y el peso no los compré, sólo pagué un kilo de jabón en polvo en ciento veinte bolívares. A las doce y trece minutos del medio día entré a la Estación de Palo Verde. Cierta nostalgia me invadió de repente. Había dejado atrás la radiografía de una Caracas con gente trabajadora, noble, dicharachera y creativa. Mucha de esa gente la vi hablando sola, pero para salvarse de tanto bulli-cio, ¿quién no se pierde en su interior en voz alta?

Venezuela; 2015

Contenido

Valija mínima para habitar lo que pesa	5
Certezas	9
La holgazana	12
Elogio a las cucarachas	14
¡Que culpa tiene Rufo!	16
Si la muerte se parece a ella, yo me muero con gusto	18
Directo a Rivadavia	20
Marlon Brando y la chica de la valija	21
Mico	24
En puntillas va	26
Los vestidos	27
Una doméstica contempla Puerto Madero	29
El beso	31
¡La tía Juana!	33
¡Delicias!	34
“La tía Gertrudis”	35
¡Por culpa de esa Z!	36
Impresiones Dibujadas	37
Los zapatos de tío Silvestre	38
La tuerca	40
La Familia Chirinos	42
El vecino	43
La caraota	44
Chapuci	46
El tobo escondido	51
De Propatria a Palo Verde	56

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 16 días del mes de Diciembre de 2025, el mismo día de 1950 en que naciera Gladys Ruth Aquebeque Reydet (Cautín, Chile y murió en Maracaibo el 30 de julio de 2019). Artista visual (dibujante y diseñadora gráfica), artista escénica (escenógrafa, maquilladora y vestuarista de teatro y cine), promotora cultural y escritora (poetisa, cronista, ensayista y narradora). Nacida en Chile y criada en Argentina, donde cursó sus estudios de artes visuales en la Escuela de Bellas Artes de Neuquén y de escenografía y vestuario en la Fundación para el Estudio de las Artes de Buenos Aires. Ejerció el periodismo en los diarios Sur Argentino (Neuquén), El Patagónico (Comodoro Rivadavia, Chubut) y Río Negro (en la provincia del mismo nombre). En 1976 se radicó en Caracas y participó en el taller de textos teatrales del Centro Latinoamericano Rómulo Gallegos (CELARG), en el taller de maquillaje para cine, teatro y televisión del Laboratorio Teatral Ana Julia Rojas y con el maestro César de Combi de la Academia de Maquillaje Gold Skin de Miami (USA). En Maracaibo, donde tuvo una larga residencia, perteneció al taller literario de la Secretaría de Cultura y al grupo La Secta del Fénix, además de trabajar en la Secretaría de Cultura del Estado, coordinando el periódico Posdata, se desempeñó como coordinadora de talleres literarios. Participó en los grupos Gente de Teatro y la compañía regional El Teatro de la Ciudad, así como en otros montajes escénicos de diversos grupos teatrales, como escenógrafa, vestuarista y maquilladora y, del mismo modo, lo hizo para ballet y para cine. Asistió por dos años al taller libre de grabado dirigido por el artista Nerio Quintero y al taller de técnicas de impresión para el grabado en metal que dictó el maestro Omar Granados en la Universidad del Zulia. Fue colaboradora de la Revista Nacional de Cultura, Criticarte, Imagen, Ateneo, Puerta de Agua y otras publicaciones del país. Fue miembro de la junta directiva de la Asociación de Escritores del Zulia así como la coordinadora de «El Otro Papel» del diario Crítica. Realizó varias exposiciones, individuales y colectivas, de dibujos y grabados en: Colegio de Abogados del estado Zulia, Secretaría de Cultura del estado Zulia y Palacio Legislativo de Coro, entre otras; realizó diseño gráfico de libros y revistas del Zulia. En 1999, obtuvo el Premio Regional de Literatura Jesús Enrique Lossada, mención poesía, otorgado por la Gobernación del estado Zulia.